



UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE HUMANISMO CRISTIANO

Artículo

Solo locura y caos:
Figuraciones del padre
en la literatura chilena
post dictadura

Paulina Wendt

RESUMEN

ESTE ARTÍCULO INTENTA INDAGAR EN LA FIGURACIÓN LITERARIA DEL PADRE EN LA LITERATURA CHILENA, REPASANDO OBRAS EMBLEMÁTICAS, PERO DETENIÉNDOSE EN DOS POETAS CHILENOS PERTENECIENTES A LAS ÚLTIMAS PROMOCIONES. EN ÉL SE INTERROGA SOBRE LAS IMPLICANCIAS DE LOS RASGOS QUE AHÍ ASUME EL PADRE, CONSIDERANDO COMO REFERENTE A LA POESÍA CHILENA PRODUCIDA EN DICTADURA. TEMÁTICA INTENSA, PUES ELABORA DISCURSOS SIMBÓLICOS EXPLORADOS POR LOS ESTUDIOS LITERARIOS CASI SIEMPRE EN OPOSICIÓN A LA MATERNIDAD, NO OBSTANTE FUNCIONAR COMO IMÁGENES ESPECULARES DE LA IDENTIDAD DEL SUJETO Y DE LA NACIÓN, COMO DE SU POSIBLE DISOLUCIÓN.

PALABRAS CLAVE: PATERNIDAD, IMAGINARIO, POESÍA CHILENA, HERNÁNDEZ Y RUBIO.

ABSTRACT

THIS ARTICLE INTENDS TO EXPLORE THE PORTRAYAL OF THE FATHER IN CHILEAN LITERATURE BY REVIEWING SOME ICONIC PIECES, BUT FOCUSING ON TWO CHILEAN AUTHORS FROM THE LATEST PERIODS. HEREIN, THE IMPACT OF THE ROLES WHICH THE FATHER ASSUMES IN THE TEXT IS ANALYZED, HAVING CHILEAN POETRY WRITTEN DURING RIGHT-WINGED DICTATORSHIP AS A MAJOR REFERENCE. THIS HAS PROVEN TO BE QUITE AN INTENSE TOPIC SINCE IT ELABORATES A SORT OF SYMBOLIC DISCOURSE THAT HAVE BEEN EXPLORED ONLY FROM THE IMAGE OF THE MOTHER IN SPITE OF THE FACT THAT IT WORKS AS A PRESUMABLE IMAGE OF THE NATIONAL AND INDIVIDUAL IDENTITY OF A SUBJECT AND ITS POSSIBLE DISSOLUTION.

KEY WORDS: FATHERHOOD, IMAGINARY AND CHILEAN POETRY.

Solo locura y caos: Figuraciones del padre en la literatura chilena post dictadura

Paulina Wendt¹

“Algo había ahí que escapaba al orden natural y, a decir verdad, ni siquiera tal orden existía, sino solo locura y caos en el momento en que el hijo era más viejo que el padre”

*El primer hombre,
Albert Camus*

David Gilmore ha planteado que los escasos estudios sobre masculinidad han resultado en representaciones retrógradas y estereotipadas del rol paterno. Más allá si se concuerda o no con esta afirmación, los imaginarios paternos están lejos de ser algo homogéneo y estable. A través de la instauración de los *Men's studies* en los años ochenta, se discute de manera creciente la certidumbre de aquello que fue inmutable y tal como se ha descartado el hablar de masculinidad sino de masculinidades (Cruz y Careaga, 2006), las paternidades comprenden ejercicios múltiples e imaginarios diversos.

El patriarcado ha sido la imagen habitual cuando se indaga al padre, y la opresión, su característica más constante (Badinter, 1987). La paternidad se considera un logro a cumplir dentro del enfoque más tradicional. Sin embargo, los imaginarios literarios actuales del padre dialogan con un contexto donde la masculinidad y la

1 Doctora en Literatura Chilena e Hispanoamericana. Universidad de Chile. Directora del programa de formación general de la Universidad Diego Portales. E-mail: paulina.wendt@udp.cl

definición de paternidad está en tránsito, donde estudios sociales constatan incluso una nueva paternidad asociada a funciones como tener con los hijos un diálogo horizontal y afectivo, una mayor participación en la crianza (Gallardo). Este escenario inestable produce confusión en lo que se espera de un hombre en cuanto a su masculinidad y paternidad, al no existir referentes previos por el descrédito en que han caído ante los propios hombres, los patrones dictatoriales. Al respecto, Olavarría y Valdés indican:

El ideal paterno patriarcal, presente en la masculinidad hegemónica, que configura un padre fuerte, con autoridad reconocida por su mujer e hijos, proveedor principal, guía de su familia, luchador, es crecientemente cuestionado tanto en los sentidos subjetivos como en las prácticas de la propia paternidad. Este modelo de paternidad -base de la familia nuclear patriarcal-, debido a las múltiples transformaciones y cambios de la vida social que han afectado la vida cotidiana, produce tensiones, frustraciones, conflictos y dolor en muchos varones, al generar dinámicas entre los géneros y entre los padres e hijos, que suponen una redistribución de las prerrogativas y capacidades que tenían los varones/padres ("Ser padre en Santiago de Chile", en <http://www.flasco.cl>).

Desde una perspectiva histórica, en Latinoamérica se asocia una primera imagen del padre, a la de una figura fuerte, protectora, racional y ordenadora, pero ausente. Mientras el padre latinoamericano real está ausente, su espacio es con frecuencia ocupado por el caudillo y sus atributos de poder:

Pensamos que el hueco simbólico del Pater, en el imaginario mestizo de América latina, será sustituido con una figura masculina poderosa y violenta: el caudillo, el militar, el guerrillero. El padre ausente se troca así en presencia teñida de potestad política, económica y bélica. Presencia que llena el espacio que está

fuera de la casa; pero que impone en ella el hábito fantasmático de su imperio, aunque sea sólo por evocación o visión fugaz (Montecino, *Madres y Huachos*, 31).

Así por ejemplo, en *Pedro Páramo* se cristalizan los rasgos de esta variante paterna propia del continente en la persona del caudillo de Comala.

Jorge Guzmán, en *Diferencias Latinoamericanas*, fortalece esta noción en torno a la falta, al plantear que en nuestro continente el padre no ocupa la posición de centro que le asigna la cultura occidental. Por el contrario, el padre ha sido desplazado en este universo simbólico, es una pura ausencia cuya carencia repercute en una problematización del ser y de la jerarquía de las cosas desde el punto de vista de su significación. La metáfora del padre se transforma así en algo inasible y el universo en algo caótico. Para Guzmán, esta situación está contenida en el mismo vocablo padre al ser pronunciado por un latinoamericano, ya que contiene nuestra realidad mestiza que ha puesto en el centro a la madre sola. La inmediata repercusión de lo anterior es para este autor una lejanía con los principios de la nación moderna europea, como son la razón y el orden, rasgos atribuidos atávicamente a lo masculino. De lo anterior se deduce que la ausencia del padre determina un conflicto de lo latinoamericano con lo moderno.

Distintos modelos paternos provistos por las ciencias sociales, parecen adecuados para discutir las variables de actualización de las prácticas paternas. Se diferencia así, como se señaló, una paternidad tradicional asociada al patriarcado y al rol de proveedor, de una paternidad actual demandada por lo afectivo o una paternidad hegemónica propia de una sociedad en un momento histórico determinado, producto más de anhelos en el cumplimiento del rol, que de realidades concretas, es decir, de lo que se desea socialmente como características de ese lugar. Lo paterno se torna así en lugar complejo, cruzado por significados simbólicos, pero cambiante en su significación y ejercicio histórico, entre culturas, entre clases

sociales, incluso, entre territorios (Julio Pinto y Gabriel Salazar. *Historia contemporánea de Chile IV. Hombria y feminidad*).

En concordancia con lo anterior, Badinter (op. cit) ha identificado al padre con una dimensión política histórica cuya autoridad comienza a menguar a partir de la Revolución Francesa, pues con el asesinato del Rey se inicia en términos simbólicos un asesinato de Dios y del padre. Esta declinación se afianza con las reivindicaciones feministas a partir de los años sesenta del siglo veinte, como indica la misma autora: “el poder paterno y marital está en vías de desaparecer... La muerte del patriarcado resulta de una doble subversión: el padre perdió su prestigio y Eva modificó su distribución” (Badinter, op.cit).

Tampoco es desdeñable el papel ejercido por la globalización y modernización en nuestra sociedad, lo que afecta pautas culturales tradicionales desestimando prácticas heredadas por generaciones no solo a nivel institucional, sino también transformando la vida personal. El cambio en las relaciones más inmediatas, significa un paso desde una “estructura jerárquica y autoritaria a otra igualitaria y democrática, que enfatizaría el compromiso, la intensidad emocional y la autonomía de los sujetos” (Olavarría y Valdés, 1997 p.3)². Las relaciones construidas en base al principio de autoridad se han debilitado y con ello, la figura del padre tradicional se ha desacreditado.

Dentro de este panorama cambiante e incluso contradictorio, ¿cómo son las figuraciones paternas dentro de la literatura chilena contemporánea? Cuando se apela al vocablo “figuraciones del padre”, no se está aludiendo a un estilo estético determinado, sino a la acción de figurar o de “imaginarse” en los textos ficticios al padre, en última instancia al “sentido” proporcionado al interior de los textos, y posteriormente a su diálogo con

otros discursos fuera del mismo texto. Puesto que cuando se habla de “lo nacional”, más allá de lo discutible del término, se alude a aquella “comunidad imaginada” (Anderson 1993), la cual no solo incluye elementos físicos como el territorio, sino también culturales y simbólicos, los que acentúan el sentido de pertenencia. La literatura es uno de los elementos discursivos más propios de la identidad colectiva.

No se puede dejar de mencionar el quiebre que supone en el discurso literario relativo al lugar que se le asigna al padre, en *El obsceno pájaro de la noche*. En la obra, la desestructuración del individuo como sujeto y del individuo como perteneciente a una sociedad, son efectos de la ausencia de la figura paterna.

Para Humberto Peñaloza, el tener padre erradicaría el miedo a “carecer de rostro”. Su propio padre biológico no tenía rostro pues pertenecía a un mundo marginado por la historia oficial: “Somos Peñaloza, un apellido feo, vulgar, apellido que los sainetes usan como chiste chabacano... la prisión del apellido plebeyo que fue la herencia de mi padre” (Donoso, 1997).

En este mundo narrativo, la oligarquía en decadencia erigía una versión de la identidad nacional marcada por la inclusión en una determinada estirpe, como lo ha comprobado extensamente el estudio de Saona. Sin embargo, en el texto la posibilidad de reconocimiento por medio de lazos de filiación, que a su vez introduzcan al sujeto en la construcción de la historia de la nación, es sabotada una y otra vez en los sucesivos intentos de Humberto Peñaloza por ese “ser alguien” y en la imposibilidad de Jerónimo de Azcoitia de ser padre. La línea histórica de la nación ha terminado en el mejor de los casos en Boy, un monstruo, un ente deforme, en la alteridad. Se cuestiona así el sistema atávico de validación social y se da cuenta del desuso en que caen las formas acostumbradas que tomaba la pertenencia. Donoso provee así una imagen paterna en las antípodas de los romances nacionales como *Martín Rivas* (Sommer, 1991),

2 También se puede consultar el trabajo de Pedro Morandé, “La imagen del padre en la cultura de la postmodernidad”, *Revista di Studi Stulla Persona e la Familia: Anthropotes*, XII, 241-260.

problematizando no solo la vigencia de esa visión de mundo y las prácticas sociales del decadente grupo dominante, sino también la existencia de un lazo complejo con lo moderno. La falta de toda forma coherente no solo es temática, sino que alcanza lo formal a través de un discurso literario desmembrado, a ratos caótico. Al sujeto final en ruinas, sin rostro, solo le queda como posibilidad la máscara. Con ella, cesa la creencia en una identidad incuestionable definida desde siempre.

En la novela post golpe, el lugar del padre es usurpado por la figura del dictador en un diálogo evidente con factores extra textuales como las estrategias de dominio sobre el sujeto impuestas por la dictadura. El padre entendido desde su dimensión ética ha muerto. La angustia o la nostalgia provocadas por la orfandad, como precisa Rodrigo Cánovas (1997), es una emoción imposible. Su lugar es ocupado en su sentido central -sustento del orden lingüístico, portador de la ley- por el dictador y sus Otros, mediadores entre el sujeto y la vida pública nacional. La actualización de esta figura se despliega desde un concepto tradicional y hegemónico de masculinidad y de paternidad exacerbados, y a veces traspasado de estereotipos en torno a su representación. Este padre corresponde, más que a personajes específicos, a una función y su particular forma de ser en diversas variantes. Así por ejemplo, las figuras paternas provistas por dos textos muy diversos desde el punto de vista estético. En *La casa de los espíritus* (I. Allende, 2004), los gérmenes del dictador se encuentran en la figura hacendal patriarcal y ambivalente de Esteban Trueba, quien protege y abusa a los sujetos subordinados por clase o género, una de cuyas características es ordenar el accionar sobre los territorios. O en *Los vigilantes* de Eltit (1994), donde la violencia tiene como dispositivo central la vigilancia obsesiva de un padre físicamente ausente. Su voz resulta normativa y omnipresente, permeada por el simulacro posmoderno vertido en eslóganes publicitarios burdos. Es el efecto panóptico paterno que controla e invade tanto el espacio íntimo de la casa útero, como el de la ciudad por medio de ese ojo que todo lo ve.

Una representación rica en términos semióticos, es la del padre de *Mala onda* (Fuguet, 1991). Aunque el referente histórico de la obra es la dictadura y la coyuntura del plebiscito que aprueba la Constitución de 1980, su verdadero trasfondo es el delirio consumista instalado por la política económica de mercado como nueva actitud de la comunidad nacional a principios de los ochenta. La familia Vicuña es un simulacro del deseado orden de las familias burguesas de novelas decimonónicas como *Casa grande*, y oculta su decadencia moral en un ostentoso salón vacío que solo se ocupa para fiestas, desmitificando el lugar central otorgado a este lugar por la tradición literaria nacional. El hogar, como todos los espacios de la novela, es un tránsito del que todos sus integrantes terminan por huir.

La dislocación familiar no se relaciona con la pérdida de los códigos válidos para insertarse en el poder social y *poseer rostro* como en Donoso, sino que por el contrario, en medio de la anestesia material los roles se extravían en el reinado de lo inauténtico, y el sujeto se ampara en la circulación sin rumbo en una ciudad ahistórica, semi norteamericana, en el logo comercial y en la cultura del espectáculo de los *mass media*. Como afirma Beatriz Sarlo (1987), ante la falta de sentido y valores, la sociedad toda ha sido privatizada y la familia ha sido orientada al consumo.

En el corazón de esta incapacidad del sujeto juvenil por constituirse como ser unitario, late la ausente figura paternal. Tal como el convulsionado orden de la nación dictatorial se sobrelleva con la incitación al consumo, el deterioro moral del orden familiar se esconde tras la sobreabundancia material provista por el padre. La apelación constante a una falsa genealogía, no hace más que recrear la importancia dada a ella en la comunidad ficticia como forma de enlace con la historia nacional. El padre hedonista simula ciertos atributos del padre hacendal, a la vez que es el depósito de los rasgos más arraigados de este horizonte vital erigido en torno al libre mercado.

El padre del protagonista, Esteban Vicuña, se inserta en lo que Gabriel Salazar denomina como *hombria eunuca*, aquella que al transar con el estado militar neoliberal, quedó sin sustento ético. Esta cultura del súper ego se encarna en la deportivización del cuerpo del padre, en la creencia de haber logrado la figura corpórea socialmente deseada que lo legitimará también en su virilidad potencial y en otros atributos propios de la masculinidad hegemónica, como la fortaleza, la habilidad, etc.

Él se desliza fuera de su bata azul, de karateca, y se mete al jacuzzi, el que se trajo de Houston. El huevón se mantiene en forma, hay que reconocerlo. Siempre bronceado, cero grasa. Es un real exhibicionista. Yo duermo con pijamas, él se pasea en pelotas por la casa, incluso frente a mis hermanas. Ellas le pellizcan el poto, se ríen, bromean a su costa (Fuguet, 47).

Se entroniza a la apariencia como el mundo válido, leído como éxito en la competencia de los negocios, y al cuerpo, como producto de ese mercado sujeto al constante intercambio con otros cuerpos igualmente deportivizados, en la escenificación de una felicidad sumida en un presente sin historia, inconsciente de la constante vigilancia militar.

Pero Matías Vicuña no puede buscar el reconocimiento necesario en lazos de afiliación. En esta novela donde todo es un simulacro, no es extraño que la verdad y la comprensión entre estos dos actantes se concrete en una especie de burdel actual, la casa de masajes, el antisalón o lo opuesto en el imaginario a las virtudes del hogar. En el rito de iniciación, el padre no se revela mejor de lo que ha sido, pero ya no simula y exhibe ya no su físico, sino su falta de vigor, su frustración y su incapacidad de ser padre; al mismo tiempo que el protagonista asume como propios algunos de los rasgos paternos: “Después se pone a llorar tímidamente y se acurruca como un niño a mi lado. Yo le tomo la mano y con la otra le acaricio

el pelo. Por la ventana, la oscuridad va cambiando de color. El único ruido que oigo son los sollozos de mi padre”.

Esta asunción de una orfandad definitiva del protagonista, coincide con la perpetuación social de lo inauténtico a través del triunfo de la opción Sí en un plebiscito que se asume arreglado.

En el ámbito de la poesía chilena basta con citar poemas como “Padre de Chile”, donde Neruda ata la figura del padre a la de la patria, o la añoranza por el padre en “Carbón” de Gonzalo Rojas, para comprender que es un tópico aunque descuidado por los estudios literarios, no por eso menos fértil.

El joven poeta Rafael Rubio (1975) ha hecho suyo el uso de la métrica regular y de la rima, lo que al parecer está íntimamente ligado a la temática paterna. Su libro *Luz rabiosa* (2007) se inicia con los siguientes versos: “Aquí tienes el cuerpo de mi padre, Dios mío/ ¡Bórramelo de un solo resoplido furioso/ para no ver mi sangre en su sangre, ni mi carne/ en su carne temblando de ira!”

Para comprender el significado metafórico que adquiere la figuración del padre en esta obra, recordamos el gesto escondido tras la obra *La poesía chilena* de Juan Luis Martínez. Una pequeña caja negra contiene cuatro poemas en torno a la muerte de cuatro poetas principales de la poesía chilena. Junto a ello, unas banderas chilenas y fotocopias de certificados de defunción de esos cuatro poetas, más el del padre biológico del poeta, Luis Guillermo Martínez Villablanca, que al decir del único poema que contiene la obra es el portador de todo esto y es quien se lo entrega al hablante ya en el límite de esa línea imaginaria que es la muerte. Más que una caja o un ataúd, la caja funciona como una fosa común de la poesía chilena. Es el luto por la muerte del padre y de los progenitores literarios.

Volviendo a *Luz Rabiosa*, el libro toma la antigua forma de una verdadera elegía. La tensión

oscura de la primera sección del libro concluye con el hablante encarando tres veces, furioso, ante el vacío dejado por el progenitor: “Quién me enroscó la lengua/ ¡Dónde estará mi padre!/ Moscardón de la ira/ ¡Dónde estará mi padre!/ resonante carajo/ ¡Dónde estará mi padre!” (28)

En el largo poema “El arte de la elegía”: “el dolor puede ser de utilidad/ siempre y cuando no atente contra la /rigurosidad científica del edificio./El templo del poema debe estar/ sostenido por los números. Sólo eso/ será garantía de profundidad/ si se quiere atraer la compasión/ de un lector habituado al verso libre” (30). Aquí el hablante manifiesta un programa estético: la única manera de que el lenguaje no sea desbordado por el dolor, por su sinsentido, y a la vez, la única posibilidad eficiente y auténtica ante la muerte del padre se encuentra en el poema, específicamente en su forma clásica (así lo ha señalado Zurita). Es decir, la muerte del padre no solo disuelve la identidad del hablante como individuo sino principalmente como poeta: “Me he asomado a la sopa/para verme. Y sólo veo/ La cara de mi padre que me mira/ desde el abismo funeral del plato”. Hay una identificación entre la muerte del padre y la muerte de la poesía, puesto que la poesía es el padre muerto. El hablante busca vencer la orfandad lingüística, el caos que ella implica, ya que la voz autorizada para construir un relato ha sido silenciada: La orfandad de la post dictadura y su correspondiente desconcierto, se manifiesta en la búsqueda de una adecuada manera de enunciación del dolor del hablante. Ésta toma la dimensión de una búsqueda por un decir colectivo nacional a través del lenguaje poético. Para superarla, es necesario remontarse a los poetas precedentes a la manera de padres literarios, pero no recurrirá a los más cercanos, ya que es un conjunto cercenado por la violencia, arrojados en la fosa común de *La poesía chilena*, que necesita sumergirse en las raíces consistentes de la lengua presente en poetas fundacionales como Góngora o Garcilaso, de quien toma el verso “salid sin duelo, lágrimas, corriendo”. Es a través de la renovación de la palabra poética, de lo más puro de nuestro idioma,

desafiando y violentando con potencia su sintaxis tradicional por medio de diversos mecanismos como la adjetivación de sustantivos, “Peñásquese la nada hasta los huesos” (Valente, 2008), que el hablante podrá redimir el dolor de la muerte del padre y también con ello a la poesía chilena “habituada al verso libre”.

Otra obra ya extensa y en las antípodas en muchos sentidos a la de Rubio, es la de Héctor Hernández Montecinos (1979). Es en uno de sus primeros poemas, “Padre nuestro”, donde se encuentra la clave para leer esta figura en la poética de Hernández. Se puede comparar brevemente este tópico con otro poeta del periodo anterior, cuya obra *Anteparaiso* está cruzada por la figura del padre. En Zurita el padre es uno terrenal, siempre en silencio, no escucha, no responde al hijo; impotente de manifestación alguna, ha dejado a sus hijos a merced de la destrucción. De hecho, el hablante cita el “Padre, padre, por qué nos has abandonado”, en referencia a la falta de un orden protector en el contexto terrible y desquiciado en que se desarrolla la obra. En el poema de Hernández, en un evidente intertexto con la oración cristiana, el hablante convoca los atributos tradicionales del progenitor como son el cobijo, la transmisión de la honra, a través de vocablos como “genealogía”, “nombre” y “origen”, pero a la vez, es un padre que ha borrado todo límite con el hijo, desconociendo una de las prohibiciones más esenciales, bordeando así la insanidad:

“Padre mío
que estuviste en mi cama
porque mis sábanas fueron nubes
y en ellas ondeaba la sangre
De mi penetrante genealogía
que jamás ensuciado sea tu nombre
ni mi apellido
Me llevaste a tu reino público
con tu cetro de sándalo
Condecoraste mi indecencia
hiciste mi voluntad la tuya
mis piernas y mi boca

Me diste mi origen cada noche
sobre mi espalda
Perdonaste mi estupidez
y no me dejaste caer en otras manos
que fueran ajenas”.

Ya no es el padre pura ausencia de Zurita, sino una presencia torcida. Ya no es su silencio lo que contribuye al caos, sino su herencia extraviada y caótica. La figura es problemática y ambivalente, es lo que normalmente rechazaríamos como padre, el violador, y es al mismo tiempo ese ejercicio distorsionado el que otorga identidad al sujeto hijo, pues como todo padre le da un origen reconocible:

“Mi violador amado
mi rompedor de la piel
me liberaste de la infancia dolorosa
Padre nuestro
Señor mío
a la edad de trece años me hiciste parte
del amanecer”.

La identidad del sujeto surge a partir de la violencia. El cuerpo violado del hablante, liberado de una “infancia dolorosa”, es también el cuerpo colectivo maltratado, torturado, en esta etapa tardía de la historia donde ya no se recuperará la inocencia vertida en la transmisión lingüística, ahora silenciada, de un relato histórico propio de la voz del padre; Chile, la nación, es el nombre del padre, el violador, el caos que solo provee una identidad construida a partir del despojo, del dato objetivo de la violación: “A la edad de trece años me hiciste parte/del amanecer”.

Concuerda con esta figura lo planteado por el filósofo esloveno Slavoj Žižek (305), **quien expresa que ésta no es solo una época donde desfallece la función simbólica paterna en términos de autoridad pues el patriarcado ya no representa el modelo hegemónico de familia, sino que también una donde el padre edípico que norma sin acceder al goce, ha sido derrocado en las distintas revoluciones**

modernas por un padre primordial anterior, que recuerda la figura de *Tótem y tabú*, y cuyas restricciones hacia su descendencia obedecen a su propia avidez por el goce ilimitado, totalitario en su deseo.

Las figuras paternas que hemos revisado se construyen desde el desconcierto de la orfandad. Desde los efectos desintegradores sobre el sujeto de la violencia dictatorial en el rol que hasta entonces ocupaba, aunque fuese imaginariamente, el centro de las relaciones familiares y sociales. Un efecto inmediato es el extravío lingüístico post dictatorial. El presente post dictatorial y el imaginario poético en torno al padre nos revelan un sujeto, de alguna u otra manera, enmascarado, en cuanto a una compleja relación con la categoría del ser. En Fuguet, en Rubio en Hernández, es la locura y caos de hijos más viejos que sus padres. Huérfanos de la certeza de un relato, intentan reconstruir ese lugar en una inversión de roles: dan a luz a sus propios padres.

Referencias bibliográficas

- Allende, Isabel.** (2004). *La Casa de los Espíritus*. Barcelona: Planeta De Agostini.
- Anderson, Benedict.** (1991). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso.
- Badinter, Elizabeth.** (1987). *El uno es el otro, una tesis revolucionaria*. Barcelona: Planeta.
- Cánovas, Rodrigo.** (1997). *Novela Chilena. Nuevas Generaciones. El Abordaje de los Huérfanos*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Donoso, José.** (1997). *El Obsceno Pájaro de la Noche*. Santiago: Alfaguara, pp 108.
- Eltit, Diamela.** (1994). *Los Vigilantes*. Santiago: Planeta.

Fuguet, Alberto. (1991). *Mala Onda*. Buenos Aires: Planeta.

Gallardo, Gonzalo, Gómez, Esteban y Muñoz, Magdalena et al. (2006). "Paternidad: Representaciones Sociales en Jóvenes Varones Heterosexuales Universitarios sin Hijos". *Psyche*, Noviembre, vol.15, no.2, p.105-116.

Gilmore, David. (1994). *Manhood in the making. Cultural concepts of masculinity*. Yale University Press.

Guzmán, Jorge. (1984). *Diferencias latinoamericanas*. Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile.

Hernández Montecinos, Héctor. (2006) [coma]. Mantra: Santiago.

Llanos, Bernardita. (1997). "El sujeto explosionado: Elit y la geografía del discurso del padre". En *Literatura y lingüística*, n° 10, Santiago, <<http://www.letras.s5.com>> [consulta: 10 de junio, 2007].

Martínez, Juan Luis. (1978). *La poesía chilena*. Ediciones Archivo. Santiago.

Montecino, Sonia. (1991). *Madres y Guachos. Alegorías del Mestizaje Chileno*. Santiago: Cuarto Propio.

Olavarría, José y Teresa Valdés (eds). (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago: Editorial Isis/De las mujeres/FLACSO.

------. "Ser padre en Santiago de Chile" <<http://www.flacso.cl>> [consulta: 5 de mayo, 2006]

Pinto, Julio y Gabriel Salazar. (2002). *Historia Contemporánea de Chile IV. Hombres y Feminidad*. Santiago: Lom Ediciones.

Rubio, Rafael. (2007). *Luz rabiosa*. Santiago: Camino del ciego editores.

Saona, Margarita. (2004). *Novelas Familiares. Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea*. Beatriz Viterbo, Editora. Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz. "Política, Ideología y Figuración Literaria". (1987). En Jara, René y Hernán Vidal, *Ficción y Política*, Buenos Aires: Alianza.

Sommer, Doris. (1991). *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley, Los Ángeles: University of California Press.

Valente, Ignacio. (2008). "Un poeta ilustrado e iracundo", crítica en *El Mercurio*, 6 de abril.

Wendt, Paulina. (2008). *La figura del padre y sus figuraciones en la novela chilena post golpe*. Tesis de Doctor en Literatura Chilena e Hispanoamericana, Universidad de Chile.

Zurita, Raúl. "Una nueva era: Coma" <<http://www.letras.s5.com>> [consulta: 1 de marzo, 2010]

------. (2010). *Anteparaiso*. Ediciones Universidad Diego Portales.

Zizek, Slavoj. (2003). *La metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Buenos Aires: Paidós.

Artículo recibido: de 28 octubre de 2011. Aceptado: 25 de noviembre de 2011.